tanto más sabor y deleite cuanto más dolor y tormento se siente. Pero cuando el llagar es solamente en el alma sin que se comunique fuera, puede ser el deleite más intenso y más subido. Porque como la carne tenga enfrenado el espíritu, cuando los bienes espirituales de él se comunican también a ella, ella tira la rienda y enfrena la boca a este ligero caballo del espíritu y apágale su gran brío, porque si él usa de su fuerza, la rienda se ha de romper. Pero hasta que ella se rompa, no deja de tenerle oprimido de su libertad, porque como el Sabio (9, 15) dice: *El cuerpo corruptible agrava el alma; y la terrena habitación oprime el sentido espiritual que de suyo comprende muchas cosas.*

14. Esto digo para que entiendan que el que siempre se quisiere ir arrimando a la habilidad y discurso natural para ir a Dios, no será muy espiritual. Porque hay algunos que piensan que a pura fuerza y operación del sentido, que de suyo es bajo y no más que natural, pueden venir a llegar a las fuerzas y alteza del espíritu sobrenatural, a que no se llega sin que el sentido corporal con su operación sea negada y dejado aparte. Pero otra cosa es cuando del espíritu se deriva efecto espiritual en el sentido, porque cuando así es, antes puede acaecer de mucho espíritu, como se ha dado a entender en lo que habemos dicho de las llagas, que de la fuerza interior salen afuera; y como en san Pablo, que del gran sentimiento que tenía de los dolores de Cristo en el alma, le redundaba en el cuerpo, según él da a entender a los de Galacia (6, 17), diciendo: *Yo en mi cuerpo traigo las heridas de mi Señor Jesús.*

[VERSO 3.—*La mano blanda del Padre; el toque delicado del Verbo.*]

15. Del *cauterio* y de la *llaga* basta lo dicho. Los cuales, siendo tales como aquí se han pintado, ¿cuál creemos que será la *mano* con que se da este cauterio y cuál el *toque?* El alma lo muestra en el verso siguiente, más encareciéndolo que declarándolo, diciendo:

¡Oh mano blanda!, ¡oh toque delicado!

16. La cual *mano,* según habemos dicho, es el piadoso y omnipotente Padre. La cual habemos de entender, que pues es tan generosa y dadivosa cuanto poderosa y rica, ricas y poderosas dádivas dará al alma cuando se abre para hacerla mercedes, y así la llama *mano blanda.* Que es como si dijera: *¡Oh mano* tanto más *blanda* para esta mi alma, que tocas asentándola blandamente, cuanto si la asentases algo pesada hundirías todo el mundo; pues de tu solo mirar *la tierra se estremece (Sal.,* 103, 32), las gentes se desfallecen y los *montes se desmenuzan (Hebr.,* 1, 6). ¡Oh, pues, otra vez blanda mano, pues que así como fuiste dura y rigurosa para Job (13, 21), tocándole tantico ásperamente, para mí eres tanto más amigable y suave, que para él fuese dura, cuanto más amigable y graciosa y blandamente de asiento tocas en mi alma. Porque tú haces morir y tú haces vivir, y no hay quien rehuya de tu mano. Mas tú, ¡oh divina Vida!, nunca matas sino para dar vida, así como nunca llagas sino para sanar. Cuando castigas, levemente tocas, y eso basta para consumir el mundo; pero cuando regalas, muy de propósito asientas, y así del regalo de tu dulzura no hay número. Llagásteme para sanarme, ¡oh

divina mano!, y mataste en mí lo que me tenía muerta sin la vida de Dios en que ahora me veo vivir. Y esto hiciste tú con la liberalidad de tu generosa gracia de que usaste conmigo con el toque con que me tocaste del *resplandor de tu gloria y figura de tu substancia (Hebr.*, 1, 3), que es tu Unigénito Hijo, en el cual siendo Él tu sabiduría, *tocas fuertemente desde un fin hasta otro fin (Sab.*, 8, 1); y este Unigénito Hijo tuyo, ¡oh mano misericordiosa del Padre!, es el *toque delicado* con que me tocaste en la fuerza de tu cauterio y me llagaste.

17. ¡Oh, pues, tú, *toque delicado*, Verbo Hijo de Dios, que por la delicadez de tu ser divino penetras sutilmente la substancia de mi alma, y tocándola toda delicadamente, en Ti la absorbes toda en divinos modos de deleites y suavidades *nunca oídos en la tierra de Canaán, ni vistas en Teman! (Bar.*, 3, 22). ¡Oh, pues, mucho, y en grande manera mucho delicado toque del Verbo, para mí tanto más cuanto habiendo trastornado los montes y quebrantado las piedras en el monte Oreb con la sombra de tu poder y fuerza que iba delante de Ti, te diste más suave y fuertemente a sentir al profeta en el silbo de aire delicado (3 *Reg.*, 19, 11-12). ¡Oh aire delgado! ¿Cómo eres aire delgado y delicado? Di: ¿cómo tocas delgada y delicadamente, Verbo, Hijo de Dios, siendo tan terrible y poderoso? ¡Oh dichosa, y muy mucho dichosa, el alma a quien tocares delgada y delicadamente, siendo tan terrible y poderoso! Di esto al mundo; mas no se lo quieras decir al mundo, porque no sabe él de *aire delgado* y no te sentirá, porque *no te puede recibir ni te puede ver (Jn.*, 14, 17); sino aquéllos, Dios mío y vida mía, te verán, y sentirán tu toque delgado,

que enajenándose del mundo, se pusieren en delgado, conviniendo delgado con delgado, y así te puedan sentir y gozar; a los cuales tanto más delgadamente tocas cuanto por estar ya adelgazada y pulida y purificada la substancia de su alma, enajenada de toda criatura y de todo rastro y de todo toque de ella, estás tú escondido morando muy de asiento en ella. Y en eso *les escondes a ellas en el escondrijo de tu rostro*—que es el Verbo—*de la conturbación de los hombres (Sal.* 30, 21).

18. ¡Oh, pues, otra vez y muchas veces *delicado* toque, tanto más fuerte y poderoso, cuanto más delicado; pues que con la fuerza de tu delicadez deshaces y apartas el alma de todos los demás toques de las cosas criadas, y las adjudicas y unes sólo para Ti; y tan delgado efecto y dejo dejas en ella, que todo otro toque de todas las cosas altas y bajas le parece grosero y bastardo, y le ofende aun mirarle, y le es pena y grave tormento tratarle y tocarle!

19. Y es de saber, que tanto más ancha y capaz es la cosa, cuanto más delgada es en sí; y tanto más difusa y comunicativa es, cuanto es más sutil y delicada. El Verbo es inmensamente sutil y delicado, que es el toque que toca al alma; el alma es el vaso ancho y capaz por la delgadez y purificación grande que tiene en este estado. ¡Oh, pues, *toque delicado!*, que tanto más copiosa y abundantemente te infundes en mi alma, cuanto tienes de más sutileza y mi alma de más pureza.

20. Y también es de saber, que cuanto más sutil y delicado es el toque, tanto más deleite y regalo comunica donde toca; cuanto menos, menos tomo y bulto tiene el toque. Este toque divino ningún bulto ni tomo tiene, porque el Verbo que

le hace es ajeno de todo modo y manera, y libre de todo tomo, de forma y figura y accidentes, que es lo que suele ceñir y poner raya y término a la substancia. Y así, este toque de que aquí se habla, por cuanto es substancial—es a saber, de la divina substancia—, es inefable. ¡Oh, pues, finalmente, *toque* inefablemente *delicado* del Verbo, pues no se hace en el alma menos que con tu simplicísimo y sencillísimo *Ser*, el cual, como es infinito, infinitamente es delicado!

Y, por tanto, tan sutil y amorosa y eminente y delicadamente toca.

que a vida eterna sabe.

21. Que aunque no es en perfecto grado, es en efecto cierto sabor de *vida eterna,* como arriba queda dicho, que se gusta en este toque de Dios. Y no es increíble que sea así, creyendo, como se ha de creer, que este toque es toque de substancia, es a saber, de substancia de Dios en substancia del alma, al cual en esta vida han llegado muchos santos. De donde la delicadez del deleite que en este toque se siente, es imposible decirse, ni yo querría hablar en ello, porque no se entienda que aquello no es más de lo que se dice, que no hay vocablos para declarar cosas tan subidas de Dios como en estas almas pasan, de las cuales el propio lenguaje es entenderlo para sí y sentirlo para sí, y callarlo y gozarlo el que lo tiene. Porque echa de ver el alma aquí en cierta manera ser estas cosas como *el cálculo* que dice san Juan (*Apoc.*, 2, 17) que se daría al que venciese, *y en el cálculo un nombre escrito, que ninguno le sabe sino el que le recibe.* Y así sólo se puede decir, y con verdad,

que a vida eterna sabe

Que aunque en esta vida no se goza perfectamente como en la gloria, con todo eso, este toque, por ser toque de Dios, *a vida eterna sabe.* Y así, gusta el alma aquí de todas las cosas de Dios, comunicándosele fortaleza, sabiduría y amor, hermosura, gracia y bondad, etc. Que como Dios sea todas estas cosas, gústalas el alma en un solo toque de Dios, y así, el alma según sus potencias y en substancia goza.

[VERSOS 4 y 5.—*Recompensa divina.*]

22. Y de este bien del alma, a veces redunda en el cuerpo la unción del Espíritu Santo, y goza toda la substancia sensitiva y todos los miembros y huesos y medulas, no tan remisamente como comúnmente suele acaecer; sino con sentimiento de grande deleite y gloria, que se siente hasta en los últimos artejos de pies y manos. Y siente el cuerpo tanta gloria en la del alma, que en su manera engrandece a Dios, sintiéndole en sus huesos, conforme aquello que David (*Sal.* 34, 10) dice: *Todos mis huesos dirán: Dios, ¿quién habrá semejante a Ti?* Y porque todo lo que de esto se puede decir es menos, por eso baste decir, así de lo corporal como de lo espiritual,

que a vida eterna sabe,
y toda deuda paga.

23. Esto dice el alma, porque en *el sabor de vida eterna* que aquí gusta, siente la retribución de los trabajos que ha pasado para venir a este estado; en el cual no solamente se siente pagada y satisfecha al justo, pero con grande exceso premiada. De manera que entiende bien la verdad de

la promesa del Esposo en el Evangelio *(Mt.,* 19, 23), que daría *ciento por uno.* De manera que no hubo tribulación, ni tentación, ni penitencia, ni otro cualquier trabajo que en este camino haya pasado, a que no corresponda *ciento tanto* de consuelo y deleite *en esta vida,* de manera que puede muy bien decir ya el alma:

Y toda deuda paga.

24. Y para saber cómo y cuáles sean estas deudas de que aquí el alma se siente pagada, es de notar que de vía ordinaria ningún alma puede llegar a este tan alto estado y reino del desposorio, que no pase primero por muchas tribulaciones y trabajos; porque como se dice en los Actos de los Apóstoles (14, 21), *por muchas tribulaciones conviene entrar en el reino de los cielos;* las cuales ya en este estado son pasadas, porque de aquí adelante, porque el alma está purificada, no padece.

25. Los trabajos, pues, que padecen los que han de venir a este estado, son en tres maneras, conviene a saber: trabajos y desconsuelos, temores y tentaciones de parte del siglo, y esto de muchas maneras; tentaciones y sequedades y aflicciones de parte del sentido; tribulaciones, tinieblas, aprietos, desamparos, tentaciones y otros trabajos de parte del espíritu, porque de esta manera se purifique según las partes, espiritual y sensitiva, de la manera que dijimos en la declaración del cuarto verso de la primera canción. Y la razón por qué son necesarios estos trabajos para llegar a este estado, es porque así como un subido licor no se pone sino en un vaso fuerte, preparado y purificado, así esta altísima unión no puede caer

en el alma que no sea fortalecida con trabajos y tentaciones y purificada con tribulaciones, tinieblas y aprietos; porque por lo uno se purifica y fortalece el sentido, y por lo otro se adelgaza y purifica y dispone el espíritu. Porque así como para unirse con Dios en gloria los espíritus impuros pasan por las penas del fuego en la otra vida, así para la unión de perfección en ésta han de pasar por el fuego de estas dichas penas. El cual en unos obra más y en otros menos fuertemente; en unos más largo tiempo, en otros menos, según el grado de unión a que Dios los quiere levantar, y conforme a lo que ellos tienen que purgar.

26. Por estos trabajos en que Dios pone al alma y sentido, va ella cobrando virtudes, fuerza y perfección con amargura. Porque *la virtud en la flaqueza se perfecciona* (2 *Cor.*, 12, 9), y en el ejercicio de pasiones se labra. Porque no puede servir y acomodarse el hierro en la inteligencia del artífice si no es por fuego y martillo, según del fuego dice Jeremías *(Tren,* 1 ,13) que le puso en inteligencia, diciendo: *Envió fuego en mis huesos y enseñóme.* Y del martillo dice también Jeremías (31, 18): *Castigásteme, Señor y quedé enseñado.* Por lo cual dice el Eclesiástico (34, 11): *El que no es tentado, ¿qué puede saber?; y el que no es experimentado, pocas cosas conoce.*

27. Y aquí nos conviene notar la causa por qué hay tan pocos que lleguen a tan alto estado de perfección de unión de Dios. En lo cual es de saber que no es porque Dios quiera que haya pocos de estos espíritus levantados, que antes querría que todos fuesen perfectos, sino que halla pocos vasos que sufran tan alta y subida obra. Que como los prueba en lo menos y los halla flacos, de suerte

que luego huyen de la labor, no queriendo sujetarse al menor desconsuelo y mortificación, de aquí es que no hallándolos fuertes y fieles en aquello poco que les hacía merced de comenzarlos a desbastar y labrar, echa de ver que lo serán mucho menos en lo mucho, y así no va adelante en purificarlos y levantarlos del polvo de la tierra por la labor de la mortificación, para la cual era menester mayor constancia y fortaleza que ellos muestran.

Y así hay muchos que desean pasar adelante y con gran continuación piden a Dios los traiga y pase a este estado de perfección, y cuando Dios los quiere comenzar a llevar por los primeros trabajos y mortificaciones según es necesario, no quieren pasar por ellas y hurtan el cuerpo, huyendo *el camino angosto de la vida*, buscando *el ancho* de su consuelo, que es el *de su perdición*, y así no dan lugar a Dios para recibir lo que le piden cuando Él se lo comienza a dar. Y así se quedan como vasos inútiles, porque queriendo ellos llegar al estado de los perfectos, no quisieron ser llevados por el camino de los trabajos de ellos, pero ni aun casi comenzar a entrar en él, sujetándose a lo que era menos, que era lo que comúnmente se suele padecer.

Puédese responder a éstos aquello de Jeremías (12, 5), que dice: *Si corriendo tú con los que iban a pie, trabajaste, ¿cómo podrás atenerte con los caballos? Y como hayas tenido quietud en la tierra de paz, ¿qué harás en la soberbia del Jordán?* Lo cual es como si dijera: Si con los trabajos a pie llano ordinaria y humanamente acaecen a todos los vivientes, por tener tú tan corto paso, tenías tú tanto trabajo, que te parecía que corrías, ¿cómo podrás igualar con el paso del

caballo, que es ya trabajos más que ordinarios y comunes, para que se requiere mayor fuerza y ligereza que de hombre? Y si tú no has querido dejar de conservar la paz y gusto de tu tierra, que es tu sensualidad, no queriendo armar guerra ni contradecirla en alguna cosa, no sé yo cómo querrás entrar en las impetuosas aguas de tribulaciones y trabajos del espíritu que son de más adentro.

28. ¡Oh almas que os queréis andar seguras y consoladas en las cosas del espíritu! Si supieseis cuánto os conviene padecer sufriendo para venir a esa seguridad y consuelo, y cómo sin esto no se puede venir a lo que el alma desea, sino antes volver atrás, en niguna manera buscaréis consuelo ni de Dios ni de las criaturas; mas antes llevaríais la cruz, y puestos en ella, querríais beber allí la hiel y vinagre puro, y lo habríais a gran dicha, viendo cómo, muriendo así al mundo y a vosotras mismas, viviríais a Dios en deleites de espíritu; y así sufriendo con paciencia y fidelidad lo poco exterior, mereceríais que pusiese Dios los ojos en vosotras para purgaros y limpiaros más adentro por algunos trabajos espirituales más de adentro, para daros bienes más de adentro.

Porque muchos servicios han de haber hecho a Dios, y mucha paciencia y constancia han de haber tenido por Él, y muy aceptos han de haber sido delante de Él en su vida y obras a los que Él hace tan señalada merced de tentarlos más adentro, para aventajarlos en dones y merecimientos, como lo hizo [con] el santo Tobías (12, 13), a quien dijo san Rafael: *Que por haber sido acepto a Dios, le había hecho aquella merced de enviarle la tentación* que le probase más, para engrandecerle más. Y así todo lo que quedó de vida después de aquella tentación lo tuvo de gozo, como dice la Escri-

tura divina. Ni más ni menos vemos en el santo Job, que en aceptando que aceptó Dios sus obras delante de los espíritus buenos y malos (1, 2), luego le hizo merced de enviarle aquellos grandes trabajos para engrandecerle después mucho más, como lo hizo multiplicándole los bienes en lo espiritual y temporal (42, 12).

29. De la misma manera lo hace Dios con los que quiere aventajar según la ventaja principal: que les hace y deja tentar para levantarlos todo lo que puede ser, que es llegar a la unión con la Sabiduría divina, la cual, como dice David *(Sal.* 11, 7), *es planta examinada con fuego, probada en la tierra,* es a saber, de nuestra carne, y *purgada siete veces,* que es lo más que puede ser.

Y no hay para qué detenernos más aquí en decir qué siete purgaciones sean éstas y cuál cada una de ellas para venir a esta sabiduría, y cómo les responden siete grados de amor en esta sabiduría, la cual todavía en esta vida le es al alma como esta plata que dice David, aunque más unión en ella tenga; mas en la otra le será como oro.

30. Conviénele mucho, pues, al alma estar en gran paciencia y constancia en todas las tribulaciones y trabajos que la pusiere Dios de fuera y de dentro, espirituales y corporales, mayores y menores, tomándolo todo como de su mano para su bien y remedio, y no huyendo de ellos, pues son sanidad para ella, tomando en esto el consejo del Sabio *(Eccle.,* 10, 4), que dice: *Si el espíritu del que tiene la potestad descendiere sobre ti, no desampares tu lugar,* esto es, el lugar y puesto de tu probación, que es aquel trabajo que te envía; *porque la curación,* dice, *hará cesar grandes pecados.* Esto es, cortarte ha las raíces de tus peca-

dos e imperfecciones, que son los hábitos malos; porque el combate de los trabajos, aprietos y tentaciones apagan los hábitos malos e imperfectos del alma y la purifican y fortalecen. Por lo cual el alma ha de tener en mucho cuando Dios le envía trabajos interiores y exteriores, entendiendo que son muy pocos los que merecen *ser consumados por pasiones*, padeciendo a fin de venir a tan alto estado.

31. Volviendo, pues, a nuestra declaración, conociendo aquí el alma que todo le ha salido bien y que ya *sicut tenebrae ejus ita et lumen ejus* (*Ps.* 138, 12); y que como fue participante de las tribulaciones, lo es ahora de las consolaciones y del reino, habiéndole muy bien respondido a los trabajos interiores y exteriores con bienes divinos del alma y del cuerpo, sin haber trabajo que no tenga su correspondencia de grande galardón, confiésalo como ya bien satisfecha, diciendo:

Y toda deuda paga,

dando a Dios gracias en este verso, como también hizo David (*Sal.* 70, 20-21) en el suyo por haberle sacado de los trabajos, diciendo: *Cuántas tribulaciones me mostraste muchas y malas, y de todas ellas me libraste, y de los abismos de la tierra otra vez me sacaste; multiplicaste tu magnificencia, y volviéndote a mí, me consolaste.* Así esta alma, que antes que llegase a este estado estaba fuera—sentada—, como Mardoqueo a las puertas del palacio, llorando en las plazas de Susán el peligro de su vida, vestido de cilicio, no queriendo recibir la vestidura de la reina Ester (4, 1), ni habiendo recibido algún galardón por los servicios hechos al rey, y la fe que había tenido en defender

su honra y vida—, en un día, como al mismo Mardoqueo, la pagan aquí todos sus trabajos y servicios, haciéndola no sólo entrar dentro del palacio y que esté delante del rey vestida con vestiduras reales, sino que también se le ponga la corona y el cetro y silla real, con posesión del anillo real, para que todo lo que quisiere haga, y lo que no quisiere no haga en el reino de su Esposo; porque los de este estado todo lo que quieren alcanzan. En lo cual no solamente queda pagada, más aún quedan muertos los judíos sus enemigos, que son los apetitos imperfectos que le andaban quitando la vida espiritual, en que ya ella vive según sus potencias y apetitos; que por eso dice ella luego:

Matando, muerte en vida la has trocado.

[VERSO 6.—*Verdadera muerte y verdadera vida.*]

32. Porque la muerte no es otra cosa sino privación de la vida, en viniendo la vida no queda rastro de muerte. Acerca de lo espiritual, dos maneras hay de vida: una es beatífica, que consiste en ver a Dios, y ésta se ha de alcanzar por muerte corporal y natural, como dice san Pablo, diciendo (2 *Cor.*, 5, 1): *Sabemos que si ésta nuestra casa de barro se desatare, tenemos morada de Dios en los cielos.* La otra es vida espiritual perfecta, que es posesión de Dios por unión de amor; y ésta se alcanza por la mortificación de todos los vicios y apetitos y de su misma naturaleza totalmente. Y hasta tanto que esto se haga, no se puede llegar a la perfección de esta vida espiritual de unión con Dios, según también lo dice el Apóstol por estas palabras, diciendo (*Rom.*, 8, 13): *Si viviereis según la carne, moriréis; pero si con*

el espíritu mortificarais los hechos de la carne, viviréis.

33. De donde es de saber que lo que aquí el alma llama *muerte* es todo el hombre viejo, que es el uso de las potencias, memoria, entendimiento y voluntad, ocupado y empleado en cosas del siglo y los apetitos y gustos de criaturas. Todo lo cual es ejercicio de vida vieja, la cual es muerte de la nueva, que es la espiritual. En la cual no podrá vivir el alma perfectamente, si no muriere también perfectamente el hombre viejo, como el Apóstol lo amonesta, diciendo (*Ef.*, 4, 22): *Que se desnuden del hombre viejo y se vistan del hombre nuevo, que según* el omnipotente Dios *es criado en justicia y santidad.* En la cual vida nueva, que es cuando ha llegado a esta perfección de unión con Dios, como aquí vamos tratando, todos los apetitos del alma y sus potencias según sus inclinaciones y operaciones, que de suyo eran operación de muerte y privación de vida espiritual, se truecan en divinas.

34. Y como quiera que cada viviente viva por su operación, como dicen los filósofos, teniendo el alma sus operaciones en Dios por la unión que tiene con Dios, vive vida de Dios, y así *se ha trocado su muerte en vida,* que es vida animal en vida espiritual.

Porque el entendimiento, que antes de esta unión entendía naturalmente con la fuerza y vigor de su lumbre natural por la vía de los sentidos corporales, es ya movido e informado de otro más alto principio de lumbre sobrenatural de Dios, dejados aparte los sentidos; y así *se ha trocado* en divino, porque por la unión su entendimiento y el de Dios todo es uno.

Y la voluntad, que antes amaba baja y muertamente sólo con su afecto natural, ahora *ya se ha trocado en vida* de amor divino, porque ama altamente con afecto divino, movida por la fuerza y virtud del Espíritu Santo, en que ya vive vid de amor, porque por medio de esta unión la voluntad de Él y la de ella sola es una voluntad.

Y la memoria, que de suyo percibía sólo las figuras y fantasma de las criaturas, *es tocada* por medio de esta *unión a tener en la mente los años eternos*, que dice David *(Sal.* 76, 6).

Y el apetito natural, que sólo tenía habilidad y fuerza para gustar el sabor de criatura, que obra muerte ahora *está trocado* en gusto y sabor divino, movido y satisfecho ya por otro principio, donde está más a lo vivo, que es el deleite de Dios, porque está unido con Él: y así ya sólo es apetito de Dios.

Y, finalmente, todos los movimientos y operaciones e inclinaciones que antes el alma tenía del principio y fuerza de su vida natural, ya en esta unión *son trocados* en movimientos divinos, muertos a su operación e inclinación y vivos en Dios. Porque el alma, como ya verdadera hija de Dios, en todo es movida por el espíritu de Dios, como enseña san Pablo, diciendo *(Rom ;* 8, 14): *Que los que son movidos por el espíritu de Dios, son hijos del mismo Dios.*

De manera que, según lo que está dicho, el entendimiento de esta alma es entendimiento de Dios, y la voluntad suya es voluntad de Dios, y su memoria, memoria de Dios; y su deleite, deleite de Dios; y la substancia de esta alma, aunque no es substancia de Dios porque no puede substancialmente convertirse en Él pero estando unida como aquí está con Él y absorta en Él es Dios

por participación de Dios; lo cual acaece en este estado perfecto de vida espiritual, aunque no tan perfectamente como en la otra. Y de esta manera está muerta el alma a todo lo que era en sí, que esto era muerte para ella, y viva a lo que es Dios en sí; y por eso, hablando ella de sí, dice bien en el verso:

Matando, muerte en vida la has trocado.

De donde puede el alma muy bien decir aquí aquello de san Pablo (*Gal.*, 2, 20): *Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo.* De esta manera *está trocada la muerte* de esta alma en *vida* de Dios, y le cuadra también el dicho del Apóstol, que dice (1 *Cor.*, 15, 54): *Absorta est mors in victoria,* con el que dice también el profeta Oseas (13, 14) en persona de Dios, diciendo: *¡Oh muerte! yo seré tu muerte;* que es como si dijera: yo que soy la vida, siendo muerte de la muerte, la muerte quedará absorta en vida.

35. De esta suerte está el alma *absorta* en vida divina, ajenada de todo lo que es secular, temporal y apetito natural, *introducida en las celdas del rey,* donde *se goza y alegra en su Amado, acordándose de sus pechos sobre el vino,* diciendo (*Cant.*, 1, 3-4): *Aunque soy morena, soy hermosa, hijas de Jerusalén,* porque mi negrura natural se trocó en hermosura del Rey celestial.

36. En este estado de vida tan perfecta siempre el alma anda, interior y exteriormente, como de fiesta, y trae con gran frecuencia en el paladar de su espíritu un júbilo de Dios grande, como un cantar nuevo, siempre nuevo, envuelto en alegría y en amor en conocimiento de su feliz estado. A veces anda con gozo y fruición, diciendo en su

espíritu aquellas palabras de Job (29, 20), que dicen: *Mi gloria se innovará siempre, y como palma multiplicaré yo los días.* Que es como decir: *Dios que permaneciendo en Sí siempre de una manera, todas las cosas innova,* como dice el Sabio (7, 27), estando ya siempre unido en mi gloria, *siempre innovará mi gloria;* esto es, no la dejará volver a vieja, como antes lo era; *y multiplicaré los días como la palma;* esto es, mis merecimientos hacia el cielo, como la palma hacia él envía sus enhiestas. Porque los merecimientos del alma que está en este estado son ordinariamente grandes en número y calidad, y también anda comúnmente cantando a Dios en su espíritu todo lo que dice David en el salmo (29, 12) que comienza: *Exaltabo te, Domine, quoniam suscepisti me,* particularmente en aquellos dos versos postreros que dicen: *Convertisti planctum meum in glaudium mihi,* etc., *conscidisti saccum meum, et circumdedisti me laetitia. Para que te cante mi gloria y ya no sea compugido; Señor Dios mío, y para siempre te alabaré.*

Y no es de maravillar que el alma con tanta frecuencia ande en estos gozos, júbilo y fruición y alabanzas de Dios, porque demás del conocimiento que tiene de las mercedes recibidas, siente a Dios aquí tan solícito en regalarla con tan preciosas y delicadas y encarecidas palabras, y de engrandecerla con unas y otras mercedes, que le parece al alma que no tiene Él otra en el mundo a quien regalar, ni otra cosa en que se emplear, sino que todo es para ella sola; y sintiéndolo así lo confiesa como la Esposa en los Cantares (2, 16), diciendo: *Dilectus meus mihi et ego illi.*

CANCION III

¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su Querido!

DECLARACIÓN

1. Dios sea servido de dar aquí su favor, que, cierto, es menester ucho para declarar la profundidad de esta canción; y el que la leyere habrá menester advertencia, porque si no tiene experiencia, quizá le será algo oscura y prolija, como también si la tuviere, por ventura le sería clara y gustosa.

En esta canción el alma encarece y agradece a su Esposo las grandes mercedes que de la unión que con Él tiene recibe, por medio de la cual dice aquí que recibe muchas y grandes noticias de Sí mismo, todas amorosas, con las cuales alumbradas y enamoradas las potencias y sentido de su alma, que antes de esta unión *estaba oscuro y ciego*, puedan ya estar esclarecidas y con calor de amor, como lo están, para poder dar luz y amor al que las esclareció y enamoró. Porque el verdarero amante entonces está contento cuando todo lo que él es en sí y vale y tiene y recibe, lo emplea en el amado, y cuanto más ello es, tanto más gusto recibe en darlo; y de eso goza aquí el alma, porque de los resplandores y amor que recibe pueda ella resplandecer delante de su Amado y amarle.

[VERSO 1.º—*Efectos de la comunicación de Dios.*]

Síguese el verso:

¡Oh lámparas de fuego!

2. Cuanto a lo primero, es de saber que las *lámparas* tienen dos propiedades, que son lucir y dar calor. Para entender qué lámparas sean éstas que aquí dice el alma, y cómo lucen y arden en ella dándole calor, es de saber que Dios, en su único y simple ser, es todas las virtudes y grandezas de sus atributos; porque es omnipotente, es sabio, es bueno, es misericordioso es justo es fuerte y amoroso, etc., y otros infinitos atributos y virtudes que no conocemos; y siendo, Él todas estas cosas en su simple ser, estando Él unido con el alma, cuando Él tiene por bien de abrirle la noticia, echa ella de ver distintamente en Él todas estas virtudes y grandezas, conviene a saber: omnipotencia, sabiduría y bondad, misericordia, etcétera. Y como cada una de estas cosas sea el mismo ser de Dios, en un solo supuesto suyo, que es el Padre o el Hijo o el Espíritu Santo, siendo cada atributo de éstos el mismo Dios, y siendo Dios infinita luz e infinito fuego divino, como arriba queda dicho, de aquí es que en cada uno de estos innumerables atributos luzca y dé calor como Dios, y así cada uno de estos atributos es *una lámpara* que luce al alma y da calor de amor.

3. Y por cuanto en un solo acto de esta unión recibe el alma las noticias de estos atributos, juntamente le es al alma el mismo Dios *muchas lámparas*, que distintamente le lucen en sabiduría y dan calor; pues de cada una tiene distinta noti-

cia, y de ella es inflamada de amor. Y así en todas estas lámparas particularmente el alma ama, inflamada de cada una y de todas ellas juntamente; porque todos estos atributos son un ser, como habemos dicho; y así todas estas lámparas son una lámpara que, según sus virtudes y atributos, luce y arde como muchas lámparas.

Por lo cual el alma en un solo acto de la noticia de estas lámparas ama por cada una, y en eso ama por todas juntas, llevando en aquel acto calidad de amor por cada una y de cada una, y de todas juntas y por todas juntas. Porque el resplandor que le da esta lámpara del ser de Dios en cuanto es omnipotente, le da luz y calor de amor de Dios, en cuanto es omnipotente; y según esto, ya Dios le es al alma *lámpara de omnipotencia,* que le da luz y toda noticia según este atributo. Y el resplandor que le da esta lámpara según el ser de Dios en cuanto es sabiduría, le hace luz y calor de amor de Dios en cuanto es sabio; y según esto ya le es Dios *lámpara de sabiduría.* Y el resplandor que le da esta lámpara de Dios en cuanto es bondad, le hace al alma luz y calor de amor de Dios en cuanto es bueno, y según esto ya le es Dios *lámpara de bondad.* Y, ni más ni menos, le es lámpara de justicia, y de fortaleza, y misericordia y de todos los demás atributos que allí al alma juntamente se le representan en Dios. Y la luz que juntamente de todos ellos recibe la comunica el calor de amor de Dios con que ama a Dios, porque es todas estas cosas. Y de esta manera en esta comunicación y muestra que Dios hace de Sí al alma, que a mi ver es la mayor que le puede hacer en esta vida, le es *innumerables lámparas* que de Dios le dan noticia y amor.

4. Estas lámparas vio Moisés en el monte Si-

naí, donde, pasando Dios, se postró en la tierra y comenzó a clamar y decir algunas de ellas, diciendo *(Ex.,* 34, 6-7): *Emperador, Señor, Dios misericordioso, clemente, paciente, de mucha miseración, verdadero y que guardas misericordia en millares, que quitas los pecados y maldades y delitos, que ninguno hay inocente de suyo delante de Ti.* En lo cual se ve que Moisés, los más atributos y virtudes que allí conoció en Dios fueron los de la omnipotencia, señorío, deidad, misericordia, justicia, verdad y rectitud de Dios, que fue altísimo conocimiento de Dios; y porque, según el conocimiento, fue también el amor que se le comunicó, fue subidísimo el deleite de amor y fruición que allí tuvo.

5. De donde es de notar que el deleite que el alma recibe en el arrobamiento de amor, comunicado por el fuego de la luz de estas lámparas es admirable e inmenso, porque es tan copioso como de muchas lámparas, que cada una abrasa en amor, y ayudando también el calor de la una al calor de la otra, y la llama de la una a la llama de la otra, así como también la luz de la una a la luz de la otra, porque por cualquier atributo se conoce el otro, y así todas ellas están hechas una luz y un fuego, y cada una una luz y un fuego. Y aquí el alma inmensamente absorta en delicadas llamas, llagada sutilmente de amor en cada una de ellas, y en todas ellas juntas más llagada, y viva en amor de vida de Dios, echando ella muy bien de ver que aquel amor es de vida eterna, la cual es juntura de todos los bienes, como aquí en cierta manera lo siente el alma, conoce bien aquí el alma la verdad de aquel dicho del Esposo en los Cantares (7, 1), cuando dijo que *las lámparas del amor eran lámparas de fuego y*

de llamas. ¡Hermosa eres en tus pisadas y calzado, hija del príncipe! ¿Quién podrá contar la magnificencia y extrañez de tu deleite y majestad en el admirable resplandor y amor de tus lámparas?

6. Cuenta la Escritura divina *(Gen.,* 15, 12, 17) que una de estas lámparas pasó delante de Abrahán antiguamente, y le causó grandísimo horror tenebroso, porque la lámpara era de la justicia rigurosa que había de hacer adelante de los cananeos. Pues todas estas lámparas de noticias de Dios que amigable y amorosamente lucen a ti, ¡oh alma enriquecida!, ¿cuánta más luz y deleite de amor te causarán, que causó aquélla de horror y tiniebla en Abrahán? ¿Y cuánto, y cuán aventajado, y de cuántas maneras será tu deleite, pues en todas y de todas recibes fruición y amor, comunicándose Dios a tus potencias según los atributos y virtudes? Porque cuando uno ama y hace bien a otro, hácele bien y ámale según su condición y sus propiedades. Y así tu Esposo, estando en ti, como quien Él es, te hace las mercedes; porque siendo Él omnipotente, hácete bien y ámate con omnipotencia; y siendo sabio, sientes que te hace bien y ama con sabiduría: y siendo infinitamente bueno, sientes que te ama con bondad; siendo santo, sientes que te ama y hace merced con santidad; y siendo justo, sientes que te ama y hace mercedes justamente; siendo misericordioso, piadoso y clemente, sientes su misericordia, piedad y clemencia; y siendo Él fuerte y subido y delicado ser, sientes que te ama fuerte, subida y delicadamente; y como sea limpio y puro, sientes que con pureza y limpieza te ama; y como sea verdadero sientes que te ama de veras; y como Él sea liberal, conoces que te ama y hace mercedes con liberalidad sin algún interés, sólo por hacerte bien;

y como Él sea la virtud de la suma humildad, con suma humildad y con suma estimación te ama, e igualándote consigo, mostrándosete en estas vías de sus noticias Él mismo alegremente, con este su rostro lleno de gracias y diciéndote en esta unión suya, no sin gran júbilo tuyo: Yo soy tuyo y y para darme a ti.

7. ¿Quién dirá, pues, lo que sientes, ¡oh dichosa alma!, conociéndote así amada y con tal estimación engrandecida? Tu *vientre*, que es tu voluntad, es como el de la Esposa *(Cant.*, 7, 2), *semejante al montón de trigo que está cubierto y cercado de lirios.* Que en esos granos de pan de vida, que tú juntamente estás gustando, los lirios de las virtudes que te cercan te están deleitando. Porque éstas son *las hijas del rey* que dice David *(Sal.*, 44, 9) que *te deleitaron con la mirra y el ámbar y las demás especies aromáticas;* porque las noticias que te comunica el Amado de sus gracias y virtudes son *sus hijas*, en las cuales estás tú tan engolfada e infundida, que eres también el pozo de *las aguas vivas que corren con ímpetu del monte Líbano (Cant.*, 4, 15), que es Dios. En lo cual eres maravillosamente *letificada* según toda la armonía de tu alma, y aun la de tu cuerpo, hecha todo un paraíso de regadío divino, porque se cumpla también en ti el dicho del salmo (45, 5) que dice: *El ímpetu del río letifica la ciudad de Dios.*

8. ¡Oh admirable cosa, que a este tiempo está el alma rebosando aguas divinas; en ellas ella revertida como una abundosa fuente, que por todas partes rebosa aguas divinas! Porque aunque es verdad que esta comunicación que vamos dicien-

do es luz y fuego de estas lámparas de Dios, pero es este fuego aquí, como habemos dicho, tan suave, que con ser fuego inmenso es como aguas de vida, que hartan la sed del espíritu con el ímpetu que él desea. De manera que estas *lámparas de fuego* son aguas vivas del Espíritu, como las que vinieron sobre los Apóstoles (*Act.*, 2, 3), que aunque eran lámparas de fuego, también eran aguas puras y limpias, porque así las llama el profeta Ezequiel (36, 25), cuando profetizó aquella venida del Espíritu Santo, diciendo: *Infundiré,* dice allí Dios, *sobre vosotros agua limpia y pondré mi espíritu en medio de vosotros.* Y así, aunque es fuego, también es agua; porque este fuego es figurado por el fuego del sacrificio que escondió Jeremías en la cisterna (2 *Mac.*, 1, 20-22), el cual, en cuanto estuvo escondido, era agua, y cuando le sacaban afuera para sacrificar era fuego. Y así este espíritu de Dios, en cuanto está escondido en las venas del alma, está como agua suave y deleitable, hartando la sed al espíritu; y en cuanto se ejercita en sacrificio de amor a Dios, es llamas vivas de fuego, que son las lámparas del acto de la dilección y de las llamas que arriba alegamos del Esposo en los Cantares. Y por eso aquí el alma las nombra *llamas*, porque no sólo las gusta en sí como aguas, sino también las ejercita en amor de Dios como llamas.

Y por cuanto en la comunicación del espíritu de estas lámparas es el alma inflamada y puesta en ejercicio de amor, en acto de amor, antes las llama *lámparas* que aguas, diciendo:

¡Oh lámparas de fuego!

Todo lo que se puede en esta canción decir es menos de lo que hay, porque la transformación del

alma en Dios es indecible. Todo se dice en esta palabra, y es que el alma está hecha *Dios de Dios* por participación de Él y de sus atributos, que son los que aquí llama *lámparas de fuego.*

[VERSO 2.º—*El alma transformada con los resplandores divinos.*]

En cuyos resplandores.

9. Para que se entienda qué *resplandores* son éstos de las lámparas que aquí dice el alma, y cómo el alma resplandece en ellos, es de saber que estos resplandores son las noticias amorosas que las lámparas de los atributos de Dios dan de sí al alma, en los cuales ella unida según sus potencias, ella también resplandece como ellos, transformada en resplandores amorosos.

Y esta ilustración de resplandores en que el alma resplandece con calor de amor, no es como la que hacen las lámparas materiales, que con sus llamaradas alumbran las cosas que están alrededor, sino como las que están dentro de las llamas, porque el alma está dentro de estos resplandores; que por eso dice:

En cuyos resplandores,

que es decir dentro; y no sólo eso, sino, como habemos dicho, transformada y hecha resplandores. Y así diremos que es como el aire que está dentro de la llama, encendido y transformado en la llama; porque la llama no es otra cosa que aire inflamado, y los movimientos y resplandores que aquella llama hace, ni son sólo del aire, ni sólo del fuego de que está compuesta, sino junto

del aire y fuego, y el fuego los hace hacer al aire que en sí tiene inflamado.

10. A este talle entenderemos que el alma, con sus potencias, está esclarecida dentro de los resplandores de Dios. Y los movimientos de esta llama divina, que son los vibramientos y llamaradas que habemos arriba dicho, no las hace sola el alma transformada en las llamas del Espíritu Santo, ni las hace sólo Él, sino Él y el alma juntos, moviendo al alma, como hace el fuego al aire inflamado. Y así, estos movimientos de Dios y el alma juntos, no sólo son resplandores, sino también glorificaciones en el alma; porque estos movimientos y llamaradas son los juegos y fiestas alegres que en el segundo verso de la primera canción decíamos que hacía el Espíritu Santo en el alma, en los cuales parece que siempre está queriendo acabar de darle la vida eterna y acabarla de trasladar a su perfecta gloria, entrándola ya de veras en Sí. Porque todos los bienes primeros y postreros, mayores y menores que Dios hace al alma, siempre se los hace con motivo de llevarla a vida eterna; bien así como la llama todos los movimientos y llamaradas que hace con el aire inflamado son a fin de llevarle consigo al centro de su esfera, y todos aquellos movimientos que hace es un porfiar por llevarle más a sí. Mas así como porque el aire está en su propia esfera no le lleva, así, aunque estos movimientos del Espíritu Santo son eficacísimos en absorber al alma en mucha gloria, todavía no acaba, hasta que llegue el tiempo en que salga de la esfera del aire de esta vida de carne, y pueda entrar en el centro del espíritu de la vida perfecta en Cristo.

11 Pero es de saber que estos movimientos

más son movimientos del alma que movimientos de Dios, porque Dios no se mueve. Y así, estos visos de gloria que se dan al alma son estables, perfectos y continuos, con firme serenidad en Dios. Lo cual también será en el alma después, sin alteración de más y menos, y sin interpolación de movimientos; y entonces verá el alma claro cómo aunque le parecía que acá se movía Dios en ella, en Sí mismo no se mueve, como el fuego tampoco se mueve en su esfera; y cómo por no estar ella perfecta en gloria tenía aquellos movimientos y llamaradas en el sentimiento de gloria.

12. Por lo que está dicho, y por lo que ahora diremos, se entenderá más claro cuánta sea la excelencia de los *resplandores* de estas *lámparas* que vamos diciendo. Porque estos resplandores por otro nombre se llaman *obumbraciones*. Para inteligencia de lo cual es de saber que obumbración quiere decir tanto como hacimiento de sombra, y hacer sombra es tanto como amparar y favorecer y hacer mercedes, porque cubriendo la sombra es señal que la persona, cuya es, está cerca para favorecer y amparar. Y por eso aquella gran merced que hizo Dios a la Virgen María de la concepción del Hijo de Dios la llamó el ángel san Gabriel obumbración del Espíritu Santo, diciendo *(Lc.,* 1, 35): *El Espíritu Santo vendrá sobre Ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra.*

13. Para entender bien cómo sea este hacimiento de sombra de Dios u obumbramiento o resplandores, que todo es uno, es de saber que cada cosa tiene y hace la sombra conforme al talle y propiedad de la misma cosa: si la cosa es opaca y oscura, hace sombra oscura, y si la cosa es clara y sutil, hace la sombra clara y sutil; y así la som-

bra de una tiniebla será otra tiniebla al talle de aquella tiniebla; y la sombra de una luz será otra luz al talle de aquella luz.

14. Pues como quiera que estas virtudes y atributos de Dios sean *lámparas* encendidas y resplandecientes, estando tan cerca del alma como habemos dicho, no podrán dejar de tocarla con sus sombras, las cuales también han de ser encendidas y resplandecientes al talle de las lámparas que las hacen, y así estas sombras serán resplandores. De manera que, según esto, la sombra que hace al alma la lámpara de la hermosura de Dios, será otra hermosura al talle y propiedad de aquella hermosura de Dios; y la sombra que hace la fortaleza, será otra fortaleza al talle de la de Dios; y la sombra que la hace la sabiduría de Dios, será otra sabiduría de Dios al talle de la de Dios, y así de las demás lámparas, o, por mejor decir, será la misma sabiduría y la misma hermosura y la misma fortaleza de Dios en sombra, porque el alma acá perfectamente no lo puede comprender. La cual sombra, por ser ella tan al talle y propiedad de Dios, que es el mismo Dios, en sombra conoce bien el alma la excelencia de Dios.

15. Según esto, ¿cuáles serán las sombras que hará el Espíritu Santo a esta alma de las grandezas de sus virtudes y atributos, estando tan cerca de ella, que no sólo la toca en sombras, mas está unida con ella en sombras y resplandores, entendiendo y gustando en cada una de ellas a Dios, según la propiedad y talle de Él en cada una de ellas? Porque entiende y gusta la potencia divina en sombra de omnipotencia; y entiende y gusta la sabiduría divina en sombra de sabiduría divina; y entiende y gusta la bondad infinita en som-

bra que le cerca de bondad infinita, etc. Finalmente, gusta la gloria de Dios en sombra de gloria que hace saber la propiedad y talle de la gloria de Dios, pasando todo esto en claras y encendidas sombras de aquellas claras y encendidas lámparas, todas en una lámpara de un solo y sencillo ser de Dios que actualmente le resplandece de todas estas maneras.

16. ¡Oh!, pues, qué sentirá aquí el alma que experimentando aquí la noticia y comunicación de aquella figura que vio Ezequiel (1, 4) en aquél animal de *cuatro caras*, y en *aquella rueda de cuatro ruedas*, viendo cómo el *aspecto suyo es como de carbones encendidos y como aspecto de lámparas*, y viendo *la rueda*, que es la sabiduría de Dios *llena de ojos de dentro y fuera*, que son las noticias divinas y resplandores de sus virtudes, y sintiendo en su espíritu *aquel sonido que hacía su paso, que era como sonido de multitud y de ejércitos*, que significan muchas grandezas de Dios, que aquí el alma en un solo sonido de un paso que Dios da por ella, distintamente conoce; y, finalmente, gustando aquel sonido *del batir de sus alas*, que dice el Profeta era *como el sonido de muchas aguas y como sonido del altísimo Dios*, las cuales significan el ímpetu que habemos dicho de las aguas divinas, que en el alear del Espíritu Santo en la llama de amor, letificando al alma, la embisten, gozando aquí la gloria de Dios en su semejanza y sombra, como también este Profeta dice, que la visión de aquel animal y rueda era *semejanza de la gloria del Señor*.

Cuán elevada se sienta aquí esta dichosa alma, cuán engrandecida se conozca, cuán admirada se vea en hermosura santa, ¿quién lo podrá decir? Viéndose ella de esta manera embestida con tanta

copiosidad en las aguas de estos divinos resplandores, echa de ver que el Padre Eterno la ha concedido con larga mano *el regadío superior e inferior,* como hizo a Axa su padre, cuando ella suspiraba *(Jos.,* 15, 18-19); pues estas aguas al alma y cuerpo, que es la parte superior e inferior, regando penetran.

17. ¡Oh admirable excelencia de Dios!, que con ser estas lámparas de los atributos divinos un simple ser y en él sólo se gusten, se vean distintamente tan encendida cada una como la otra, y siendo cada una substancialmente la otra. ¡Oh abismo de deleites!, que tanto más abundante eres cuanto están tus riquezas más recogidas en unidad y simplicidad infinita de tu único ser. Donde de tal manera se conoce y gusta lo uno, que no impide al conocimiento y gusto perfecto de lo otro; antes cada cual gracia y virtud que hay en Ti, es luz y que hay de cualquiera otra grandeza tuya. Porque por tu limpieza, oh Sabiduría divina!, muchas cosas se ven en Ti viéndose una; porque Tú eres el depósito de los tesoros del Padre, el *resplandor de la luz eterna; espejo sin mancilla e imagen de su bondad (Sab.,* 7, 26).

En cuyos resplandores
las profundas cavernas, del sentido

[VERSO 3—*Esperando al Esposo.*]

18 Estas *cavernas* son las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, las cuales son tan *profundas* cuanto de grandes bienes son capaces, pues no se llenan con menos que infinito. Las cuales, por lo que padecen cuando están vacías, echaremos en alguna manera de ver lo que se go-

zan y deleitan cuando de Dios están llenas; pues que por un contrario se da luz del otro.

Cuanto a lo primero, es de notar que estas *cavernas* de las potencias, cuando no están vacías y purgadas y limpias de toda afición de criatura, no sienten el vacío grande de su profunda capacidad, porque en esta vida cualquiera cosilla que a ellas se pegue basta para tenerlas tan embarazadas y embelesadas, que no sientan su daño, ni echen menos us inmensos bienes, ni conozcan su capacidad. Y es cosa admirable, que con ser capaces de infinitos bienes, baste el menor de ellos a embarazarlas de manera que no los puedan recibir hasta de todo punto vaciarse, como luego diremos. Pero cuando están vacías y limpias, es intolerable la sed y hambre y ansia del sentido espiritual; porque como son profundos los estómagos de estas *cavernas*, profundamente penan; porque el manjar que echan menos también es profundo, que, como digo, es Dios.

Y este tan grande sentimiento comúnmente acaece hacia los fines de la iluminación y purificación del alma antes que llegue a la unión donde ya se satisface. Porque como el apetito espiritual está vacío y purgado de toda criatura y afección de ella, y perdido el temple natural, está templado lo divino y tiene ya el vacío dispuesto, y como todavía no se le comunica lo divino en unión de Dios, llega el penar de este vacío y sed más que a morir, mayormente cuando por algunos visos o resquicios se le trasluce algún rayo divino y no se le comunica. Y éstos son los que penan con amór impaciente, que no pueden estar mucho sin recibir o morir

19. Cuanto a la primera *caverna* que aquí ponemos, que es el entendimiento, su vacío es sed

de Dios, y ésta es tan grande cuando Él está dispuesto, que la compara David *(Sal.* 41, 1) a la del ciervo—no hallando otra mayor a qué compararla—, que dicen es vehementísima, diciendo: *Así como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi alma desea a Ti, Dios.* Y esta sed es de las aguas de la sabiduría de Dios, que es el objeto del entendimiento.

20. La segunda *caverna* es la voluntad, y el vacío de ésta es hambre de Dios tan grande, que hace desfallecer al alma, según lo dice también David *(Sal.* 83, 3), diciendo: *Codicia y desfallece mi alma a los tabernáculos del Señor.* Y esta hambre es de la perfección de amor que el alma pretende.

21. La tercera *caverna* es la memoria, y el vacío de ésta es deshacimiento y derretimiento del alma por la posesión de Dios, como lo nota Jeremías *(Tren.,* 3, 20), diciendo: *Memoria memor ero et tabescet in me anima mea.* Esto es, como con memoria me acordaré y de Él mucho me acordaré, y derretirse ha mi alma en mí; revolviendo estas cosas en mi corazón, viviré en esperanza de Dios.

22. Es, pues, *profunda* la capacidad de estas *cavernas,* porque, lo que en ellas puede caber, que es Dios, es profundo e infinito; y así será en cierta manera su capacidad infinita; y así su sed es infinita, su hambre también es profunda e infinita, su deshacimiento y pena es muerte infinita. Que aunque no se padece tan intensamente como en la otra vida, pero padécese una viva imagen de aquella privación infinita por estar el alma en cierta disposición para recibir su lleno. Aunque este penar es de otro temple, porque es en los senos

del amor de la voluntad, que no es el que alivia la pena, pues cuanto mayor es el amor, es tanto más impaciente por la posesión de su Dios, a quien espera por momentos de intensa codicia.

23. Pero, válgame Dios, pues que es verdad que cuando el alma desea a Dios con entera verdad, tiene ya al que ama, como dice san Gregorio sobre san Juan: ¿cómo pena por lo que ya tiene? Porque en *el deseo,* que dice san Pedro (1.ª, 1, 12), *que tienen los ángeles de ver al Hijo de Dios* no hay alguna pena ni ansia, porque ya le poseen. Y así parece que si el alma cuanto más desea a Dios más le posee, y la posesión de Dios da deleite y hartura al alma—como en los ángeles, que estando cumpliendo su deseo en la posesión se deleitan, estando siempre hartando su alma con el apetito, sin fastidio de hartura; por lo cual, porque no hay fastidio, siempre desean, y porque hay posesión, no penan—, tanto más de hartura y deleite había el alma de sentir aquí en este deseo, cuanto mayor es el deseo, pues tanto más tiene a Dios, y no de dolor y pena.

24. En esta cuestión viene bien notar la diferencia que hay en tener a Dios por gracia en sí solamente y en tenerle también por unión. Que lo uno es bien quererse, y lo otro es también comunicarse. Que es tanta la diferencia, como la que hay entre el desposorio y el matrimonio. Porque en el desposorio sólo hay un igualado *sí,* y una sola voluntad de ambas partes, y joyas y ornato de desposada, que se las da graciosamente el desposado; mas en el matrimonio hay también comunicación de las personas y unión. Y en el desposorio, aunque algunas veces hay visitas del esposo a la esposa y le da dádivas, como decimos,

pero no hay unión de las personas, que es el fin del desposorio Ni más ni menos, cuando el alma ha llegado a tanta pureza en sí y en sus potencias, que la vo untad esté muy purgada de otros gustos y apetitos extraños, según la parte inferior y superior, y enteramente dado el *sí* acerca de todo esto en Dios, siendo ya la voluntad de Dios y del alma una en un consentimiento propio y libre ha llegado a tener a Dios por gracia de voluntad, todo lo que puede por vía de voluntad y gracia, y esto es haberle Dios dado en el *sí* de ella su verdadero *sí* y entero de su gracia.

25. Y éste es un alto estado de desposorio espiritual del alma con el Verbo, en el cual el Esposo la hace grandes mercedes y la visita amarosísimamente muchas veces, en que ella recibe grandes favores y deleites. Pero no tienen que ver con los del matrimonio, porque todos aquellos son disposiciones para la unión del matrimonio. Que aunque es verdad que esto pasa en el alma que está purgadísima de toda afección de criatura —porque no se hace el desposorio espiritual, como decimos, hasta esto—, todavía ha menester el alma otras disposiciones positivas de Dios, de sus visitas y dones, en que la va más purificando y hermoseando y adelgazando para estar decentemente dispuesta para tan alta unión. Y en esto pasa tiempo, en unas más y en otras menos, que lo va Dios haciendo al modo del alma. Y esto es figurado por aquellas doncellas que fueron escogidas para el rey Asuero *(Ester,* 2, 12), que aunque las habían ya sacado de sus tierras y de las casas de sus padres, todavía antes que las llegasen al lecho del rey, las tenían un año, aunque en el palacio, encerradas; de manera que el medio año se estaban disponiendo con ciertos urgüentos de

mirra y otras especies, y el otro medio año con otros ungüentos más subidos, y después de esto iban al lecho del rey.

26. En el tiempo, pues, de este desposorio y espera del matrimonio en las unciones del Espíritu Santo, cuanto son más altos ungüentos de disposiciones para la unión de Dios, suelen ser las ansias de las *cavernas* del alma extremadas y delicadas. Porque como aquellos ungüentos son ya más próximamente dispositivos para la unión de Dios, porque son más allegados a Dios, y por eso saborean al alma y la engolosinan más delicadamente de Dios, es el deseo más delicado y profundo, porque el deseo de Dios es disposición para unirse en Dios.

27. ¡Oh qué buen lugar era éste para avisar a las almas que Dios llega a estas delicadas unciones, que miren lo que hacen y en cuyas manos se ponen, porque no vuelvan atrás! Sino que es fuera del propósito a que vamos hablando. Mas es tanta la mancilla y lástima que cae en mi corazón ver volver las almas atrás, no solamente no dejándose ungir de manera que pase la unción adelante, sino aun perdiendo los efectos de la unción de Dios, que no tengo de dejar de avisarlas aquí cerca de esto lo que deben hacer para evitar tanto daño, aunque nos detengamos un poco en volver al propósito, que yo volveré luego a él. Aunque todo hace a la inteligencia de la propiedad de estas *cavernas;* y por ser muy necesario, no sólo para estas almas que van tan prósperas, sino también para todas las demás que andan en busca de su Amado, lo quiero decir.

28. Cuanto a lo primero, es de saber que si el alma busca a Dios, mucho más la busca su Ama-

do a ella; y si ella le envía a Él sus amorosos deseos, que le son a Él tan olorosos *como la virgulica del humo que sale de las especies aromáticas de la mirra y del incienso (Cant.,* 3, 6); Él a ella le envía *el olor de sus ungüentos con que la atrae y hace correr hacia Él (Cant.,* 1, 3), que son sus divinas inspiraciones y toques; los cuales, siempre que son suyos, van ceñidos y regulados con motivo de la perfección de la Ley de Dios y de la fe, por cuya perfección ha de ir el alma siempre llegándose más a Dios. Y así ha de entender el alma, que el deseo de Dios en todas las mercedes que le hace en las unciones y olores de sus ungüentos, es disponerla para otros más subidos y delicados ungüentos, más hechos al temple de Dios, hasta que venga en tan delicada y pura disposición, que merezca la unión de Dios y transformación substancial en todas sus potencias.

[*Tres guías ciegos*]

29. Advirtiendo, pues, el alma que en este negocio es Dios el principal agente, y el mozo de ciego que la ha de guiar por la mano a donde ella no sabría ir, que es a las cosas sobrenaturales que no puede su etnendimiento ni voluntad ni memoria saber cómo son; todo su principal cuidado ha de ser mirar que no ponga obstáculo al que la guía según el camino que Dios le tiene ordenado en perfección de la Ley de Dios y la fe, como decimos. Y este impedimento le puede venir si se deja llevar y guiar de otro ciego. Y los ciegos que la podrían sacar del camino son tres, conviene a saber: el maestro espiritual, y el demonio, y ella misma. Y porque entienda el alma cómo esto sea, trataremos un poco de cada uno de éstos.

A) *El director incompetente*

30. Cuanto a lo primero, grandemente le conviene al alma que quiere ir adelante en el recogimiento y perfección, mirar en cuyas manos se pone, porque cual fuere el maestro, tal será el discípulo, y cual el padre, tal el hijo. Y adviértase que para este camino, a lo menos para lo más subido de él, y aun para lo mediano, apenas se hallará una guía cabal según todas las partes que ha menester. Porque demás de ser sabio y discreto, es menester que sea experimentado; porque para guiar el espíritu, aunque el fundamento es el saber y la discreción, si no hay experiencia de lo que es puro y verdadero espíritu, no atinará a encaminar al alma en él, cuando Dios se lo da, ni aun lo entenderá.

31. De esta manera muchos maestros espirituales hacen mucho daño a muchas almas. Porque no entendiendo ellos las vías y propiedades del espíritu, de ordinario hacen perder a las almas la unción de estos delicados ungüentos con que el Espíritu Santo les va ungiendo y disponiendo para Sí, instruyéndolas por otros modos rateros que ellos han usado o leído por ahí, que no sirven más que para principiantes; que no sabiendo ellos más que para éstos, y aun esto plega a Dios, no quieren dejar las almas pasar—aunque Dios las quiera llevar—a más de aquellos principios y modos discursivos e imaginarios, para que nunca excedan y salgan de la capacidad natural, con que el alma puede hacer muy poca hacienda.

32. Y para que mejor entendamos esta condición de principiantes, es de saber que el estado y ejercicio de principiantes es de meditar y hacer

actos y ejercicios discursivos con la imaginación. En este estado, necesario le es al alma que se le dé materia para que medite y discurra, y le conviene que de suyo haga actos interiores, y se aproveche del sabor y jugo sensitivo en las cosas espirituales; porque cebando el apetito con sabor de las cosas espirituales se desarraiga del sabor de las cosas sensuales y desfallece a las cosas del siglo.

Mas cuando ya el apetito está algo cebado y habituado a las cosas del espíritu en alguna manera, con alguna fortaleza y constan ia, luego comienza Dios, como dicen, a destetar el alma y ponerla en estado de contemplación. Lo cual suele ser en algunas personas muy en breve, mayormente en gente religiosa, porque más en breve negadas las cosas del siglo, acomodan a Dios el sentido y el apetito, y pasan su ejercicio al espíritu, obrando Dios en ellos así; lo cual es cuando ya cesan los actos discursivos y meditación de la propia alma y los jugos y fervores primeros sensitivos, no pudiendo ya discurrir como antes, ni hallar nada de arrimo por el sentido, este sentido quedando en sequedad, por cuanto le mudan el caudal al espíritu, que no cae en sentido. Y como quiera que naturalmente todas las operaciones que puede de suyo hacer el alma no sean sino por el sentido, de aquí es que ya Dios en este estado es el agente y el alma es la paciente; porque ella sólo se ha como el que recibe y como en quien se hace, y Dios como el que da y como el que en ella hace; dándole los bienes espirituales en la contemplación, que es noticia y amor divino junto, esto es, noticia amorosa, sin que el alma use de sus actos y discurso naturales, porque no puede ya entrar en ellos como antes.

33. De donde en este tiempo totalmente se ha

de llevar el alma por modo contrario del primero; que si antes le daban materia para meditar y meditaba, que ahora antes se la quiten y que no medite, porque, como digo, no podrá, aunque quiera, y en vez de recogerse se distraerá. Y si antes buscaba jugo y amor y fervor y le hallaba, ya no le quiera ni le busque, porque no sólo no le hallará por su diligencia, mas antes sacará sequedad; porque se divierte del bien pacífico y quieto que secretamente le están dando en el espíritu, por la obra que él quiere hacer por el sentido, y así, perdiendo lo uno, no hace lo otro, pues ya no se le dan los bienes por el sentido, como antes. Y por eso en este estado en ninguna manera la han de imponer en que medite y se ejercite en actos, ni procure sabor ni fervor; porque sería poner obstáculo al principal agente, que, como digo, es Dios, el cual oculta y quietamente anda poniendo en el alma sabiduría y noticia amorosa, sin especificación de actos, aunque algunas veces los hace especificar en el alma con alguna duración. Y así, entonces el alma también se ha de andar sólo con advertencia amorosa a Dios, sin especificar actos, sin hacer de suyo diligencias con la determinación y advertencia amorosa, simple y sencilla, como quien abre los ojos con advertencia de amor.

34. Que, pues, Dios entonces en el modo de dar trata con ella con noticia sencilla y amorosa, también el alma trate con Él en modo de recibir con noticia y advertencia sencilla y amorosa, para que así se junten noticia con noticia y amor con amor. Porque conviene que el que recibe se halle al modo de lo que recibe, y no de otra manera, para poderlo recibir y tener como se lo dan. Porque, como dicen los filósofos, cualquiera cosa que

se recibe está en el recipiente al modo que se ha el recipiente.

De donde está claro que si el alma entonces no dejase su modo activo natural, no recibiría aquel bien sino a modo natural, y así no le recibiría sino quedarse hía solamente con acto natural; porque lo sobrenatural no cabe en el modo natural, ni tiene que ver en ello. Y así totalmente, si el alma quiere entonces obrar de suyo habiéndose de otra manera más que con la advertencia amorosa pasiva que habemos dicho, muy pasiva y tranquilamente sin hacer acto natural, si no es como cuando Dios la uniese en algún acto, pondría impedimento a los bienes que sobrenaturalmente le está Dios comunicando en la noticia amorosa. Lo cual al principio acaece en ejercicio de purgación interior en que padece, como habemos dicho arriba, y después, en suavidad de amor.

La cual noticia amorosa, si, como digo, y así es la verdad, se recibe pasivamente en el alma al modo de Dios sobrenatural, y no al modo del alma natural, síguese que para recibirla ha de estar esta alma muy aniquilada en sus operaciones naturales, desembarazada, ociosa, quieta y pacífica y serena al modo de Dios; bien así como el aire que cuanto más limpio está de vapores y cuanto más sencillo y quieto, más le clarifica y calienta el sol. De donde el alma no ha de estar asida a nada; no a ejercicio de meditación, ni discurso; no a sabor alguno, ahora sea sensitivo, ahora espiritual; no a otras cualesquier aprensiones, porque se requiere el espíritu tan libre y aniquilado acerca de todo, que cualquiera cosa de pensamiento o discurso o gusto a que entonces el alma se quiera arrimar, la impediría e inquietaría y haría ruido en el profundo silencio que conviene que haya en el

alma, según el sentido y el espíritu, para tan profunda y delicada audición, que *habla Dios al corazón en esta soledad*, que dijo por Oseas (2, 14), en suma paz y tranquilidad, escuchando y *oyendo el alma lo que habla el Señor Dios en ella*, como dice David *(Sal.* 84, 9), *porque habla esta paz* en esta soledad.

35. Por tanto, cuando acaeciere que de esta manera se sienta el alma poner en silencio y escucha, aun el ejercicio de la advertencia amorosa que dije ha de olvidar, para que se quede libre para lo que entonces la quiere el Señor; porque de aquella advertencia amorosa sólo ha de usar cuando no se siente poner en soledad, u ociosidad interior, u olvido o escucha espiritual; lo cual para que lo entienda, siempre que acaece es con algún sosiego pacífico y absorbimiento interior.

36. Por tanto, en toda razón y tiempo, ya que el alma ha comenzado a entrar en este sencillo y ocioso estado de contemplación, que acaece cuando ya no puede meditar ni acierta a hacerlo, no ha de querer traer delante de sí meditaciones, ni arrimarse, a jugos ni sabores espirituales, sino estar desarrimada en pie, el espíritu desasido del todo sobre todo eso, como dice Habacuc (2, 1), que había él de hacer para oír lo que le dijese el Señor: *Estaré*, dice, *en pie sobre mi guarda, y afirmaré mi paso sobre mi munición, y contemplaré lo que se me dijere.* Es como si dijera: Levantaré mi mente sobre todas las operaciones y noticias que pueden caer en mis sentidos y lo que ellos puedan guardar y retener en sí, dejándolo todo abajo; y afirmaré el paso de la munición de mis potencias, no dejándolas dar paso de operación propia, para que pueda recibir por contemplación lo que se

comunicare de parte de Dios. Porque ya hemos dicho que la contemplación pura consiste en recibir.

37. No es posible que esta altísima sabiduría y lenguaje de Dios, cual es la contemplación, se pueda recibir menos que en espíritu callado y desarrimado de sabores y noticias discursivas. Porque así lo dice Isaías (28, 9) por estas palabras, diciendo: *¿A quién enseñará ciencia y a quién hará oír Dios su audición?* Y Él responde: *A los destetados de la leche,* esto es, de los jugos y gustos, *y a los desarrimados de los pechos,* esto es, de las noticias y aprensiones particulares.

38. Quita, ¡oh alma espiritual!, las motas y pelos y las nieblas, y limpia el ojo, y luciráte el sol claro y verás claro. Pon el alma en paz, sacándola y libertándola del yugo y servidumbre de la flaca operación de su capacidad, que es el cautiverio de Egipto, donde todo es poco más que juntar pajas para cocer tierra, y guíala, ¡oh maestro espiritual!, a la tierra de promisión que mana leche y miel. Y mira que para esa libertad y ociosidad santa de hijos de Dios llámala Dios al desierto, en el cual ande vestida de fiesta y con joyas de oro y plata ataviada, habiendo ya dejado a Egipto, dejándole vacío de sus riquezas, que es la parte sensitiva; y no sólo eso, sino ahogados los gitanos [egipcios] en la mar de la contemplación, donde el gitano del sentido, no hallando pie ni arrimo, se ahoga y deja libre al hijo de Dios, que es el espíritu salido de los límites y servidumbre de la operación de los sentidos que es su poco entender, su bajo sentir, su pobre amar y gustar, para que Dios le dé el suave maná, cuyo sabor, aunque tiene todos esos sabores y gustos, en que tú quieres

traer trabajando el alma, con todo eso, por ser tan delicado que se deshace en la boca, no se sentirá si con otro gusto o con otra cosa se juntare. Pues cuando el alma va llegando a este estado, procura desarrimarla de todas las codicias de jugos, sabores, gustos y meditaciones espirituales, y no la desquietes con cuidados y solicitud alguna de arriba, y menos de abajo, poniéndola en toda enajenación y soledad posible; porque cuanto más esto alcanzare, y cuanto más presto llegare a esta ociosa tranquilidad, tanto más abundantemente se le va infundiendo el espíritu de la divina sabiduría, que es amoroso, tranquilo, solitario, pacífico, suave y embriagador del espíritu, en el cual se siente llagado y robado tiernamente y blandamente, sin saber de quién, ni de dónde, ni cómo. Y la causa es porque se comunicó sin su operación propia.

39. Y un poquito de esto que Dios obra en el alma en este santo ocio y soledad es inestimable bien, a veces mucho más que el alma ni el que la trata pueden pensar; y aunque entonces no se echa tanto de ver, ello lucirá a su tiempo. A lo menos lo que el alma podía alcanzar a sentir es una enajenación y extrañez, unas veces más que otras, acerca de todas las cosas, con inclinación a soledad y tedio de todas las criaturas del siglo, en respiro suave de amor y vida en el espíritu. En lo cual, todo lo que no es esta extrañez, se le hace desabrido; porque, como dicen, gustando el espíritu, desabrida está la carne.

40. Pero los bienes que esta callada comunicación y contemplación deja impresos en el alma, sin ella sentirlo entonces como digo, son inestimables; porque son unciones secretísimas, y, por tan-

to, delicadísimas, del Espíritu Santo, que secretamente llenan el alma de riquezas, dones y gracias espirituales, porque siendo Dios el que lo hace, hácelo no menos que como Dios.

41. Estas unciones, pues, y matices tan delicados y subidos del Espíritu Santo, que por su delgadez y por su sutil pureza, ni el alma ni el que la trata las entiende, sino sólo el que se las pone para agradarse más de ella, con grandísima facilidad, no más que con el menor acto que entonces el alma quiera hacer de suyo, de memoria, o entendimiento, o voluntad, o aplicar el sentido, o apetito, o noticia, o jugo, o gusto, se deturban o impiden en el alma, lo cual es grave daño y dolor y lástima grande.

42. ¡Oh grave caso y mucho para admirar, que no pareciendo el daño ni casi nada lo que se interpuso en aquellas santas unciones, es entonces mayor el daño y de mayor dolor y mancilla, que haber de turbar y echar a perder muchas almas de estas otras comunes que no están en puesto de tan subido esmalte y matiz!; bien así como si en un rostro de extremada y delicada pintura tocase una tosca mano con bajos y toscos colores, sería el daño mayor y más notable y de más lástima que si borrasen muchos rostros de pintura común. Porque aquella mano tan delicada, que era del Espíritu Santo, que aquella tosca mano deturbó, ¿quién la acertará a asentar?

43. Y con ser este daño más grave y grande que se puede encarecer, es tan común y frecuente, que apenas se hallará un maestro espiritual que no le haga en las almas que comienza Dios a recoger en esta manera de contemplación. Porque ¿cuántas veces está Dios ungiendo al alma con-

templativa con alguna unción muy delgada de noticia amorosa, serena, pacífica, solitaria, muy ajena del sentido y de lo que se puede pensar, con la cual no puede meditar ni pensar en cosa alguna, ni gustar de cosa de arriba ni de abajo, por cuanto la trae Dios ocupada en aquella unción solitaria inclinada a ocio y soledad; y vendrá un maestro espiritual que no sabe sino martillar y macear con las potencias como herrero, y porque él no enseña más que aquello y no sabe más que meditar, dirá: Andar, dejaos de esos reposos, que es ociosidad y perder tiempo; sino tomad y meditad y haced actos interiores, porque es menester que hagáis de vuestra parte lo que en vos es, que esotros son alumbramientos y cosas de bausanes?

44. Y así, no entendiendo éstos los grados de oración ni vías del espíritu, no echan de ver que aquellos actos que ellos dicen que haga el alma, y que el quererla hace caminar con discurso está ya hecho, pues ya aquella alma ha llegado a la negación y silencio del sentido y del discurso, y que ha llegado a la vía del espíritu, que es la contemplación, en la cual cesa la operación del sentido y del discurso propio del alma, y sólo Dios es el agente y el que habla entonces secretamente al alma solitaria, callando ella; y que si entonces el alma, habiendo llegado al espíritu de esta manera que decimos, la quieren hacer caminar todavía con el sentido, que ha de volver atrás y distraerse; porque el que ha llegado al término si todavía se pone a caminar para llegar al término, demás de ser cosa ridícula, por fuerza se ha de alejar del término. Y así habiendo llegado por la operación de las potencias al recogimiento quieto que todo espiritual pretende, en el cual cesa la operación de las mismas potencias, no sólo sería cosa vana

volver a hacer actos con las mismas potencias para llegar al dicho recogimiento, sino le sería dañoso, por cuanto le serviría de distracción, dejando el recogimiento que ya tenía.

45. No entendiendo, pues, como digo, estos maestros espirituales qué cosa sea recogimiento y soledad espiritual del alma y sus propiedades, en la cual soledad asienta Dios en el alma estas subidas unciones, sobreponen ellos o entreponen otros ungüentos de más bajo ejercicio espiritual, que es hacer obrar al alma como habemos dicho. De lo cual hay tanta diferencia a lo que el alma tenía, como de obra humana a obra divina, y de natural a sobrenatural: porque en la una manera obra Dios sobrenaturalmente en el alma, y en la otra sólo obra el alma naturalmente. Y lo peor es que, por ejercitar su operación natural, pierde la soledad y recogimiento interior, y por el consiguiente, la subida otra que en el alma Dios pintaba; y asĩ todo es dar golpes en la herradura, dañando en lo uno y no aprovechando en lo otro.

46. Adviertan estos tales que guían las almas y consideren que el principal agente y guía y movedor de las almas en este negocio no son ellos, sino el Espíritu Santo, que nunca pierde cuidado de ellas, y que ellos son sólo instrumentos para enderezarlas en la perfección por la fe y Ley de Dios, según el espíritu que Dios va dando a cada una. Y así, todo su cuidado sea no acomodarlas a su modo y condición propia de ellos, sino mirando si saben el camino por donde Dios les lleva, y si no lo saben, déjenlas y no las perturben. Y conforme al camino y espíritu por donde Dios las lleva, procuren enderezarlas siempre en mayor soledad y tranquilidad y libertad de espíritu, dán-